

Conferencia del Cnel. Julio R. Soto: Proceso de la Educación en el Uruguay

I.

La aventura hispánica de la Conquista del Nuevo Mundo comenzada en las postrimerías del siglo XV, tuvo un signo característico que la dignifica por sobre todos los errores, insucesos y calamidades que pueda apuntársele; y este signo, impreso en los estandartes de los guerreros de estas tierras, tiene un nombre: CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL, conjunción de la trilogía más perfecta que ha operado la humanidad al conjugar el sentido estético del clasicismo griego y la forma jurídica romana, con la moral cristiana llegada al mundo hace dos mil años.

Los que hemos nacido en esta tierra uruguaya, somos pues herederos de este bien, raíz profunda de nuestra conciencia colectiva para un destino común, trazado en la historia con valores generacionales que han ido forjando el sentir de nuestra nacionalidad. La civilización occidental está pues enraizada en lo más hondo de nuestra conducta frente a la vida. Queramos o no, somos genuinamente de ella, y toda corriente del pensamiento que encierre conceptos discordantes, conduce a subvertir los valores esenciales de nuestra más pura tradición histórica. Debemos entonces estar alerta ante la infiltración foránea, y echar mano sin dilaciones, del arma más firme que para ello disponemos: LA EDUCACIÓN DE NUESTRO PUEBLO. Debiendo entenderse que educar significa proporcionar orientación formativa integral, esto es, fortalecer el espíritu de la persona humana, enriquecer su mente y robustecer su cuerpo.

Esto es desarrollar cultura, cultura occidental, desde luego, que es la única que aceptamos en nuestra condición de uruguayos, y por lo tanto, entendemos al hombre como un ser libre dotado de inteligencia y espiritualidad, esto es, con libertad de ejercicio de su razón aplicada al bien común para alcanzar su destino trascendente en el juego de los valores que encierra el Orden Natural. Concebir la libertad del hombre, es pues aceptar que dispone a su arbitrio de opciones para contribuir con su inteligencia al bien común.

Comprendamos que la civilización occidental, extendida sobre sociedades formando Naciones, imprime a sus Estados una conducta tal, que permite al ser humano prioridad absoluta sobre el propio Estado que integra, porque mientras éste se agota en el tiempo y en la historia, el hombre trasciende ya que vive en la historia, pero no se agota en ella.

Entendemos pues, que el hombre es superior al Estado, dado que la naturaleza de éste es solo un orden jurídico-político de valor temporal, al servicio de la persona humana para que alcance la plenitud de todos los valores que trascienden del Orden Natural en aras del bien común, que no es más que el producto de relación y orden dignificantes del ser, en cuanto lo proyecta positivamente al bien de los demás.

Estas son las bases en que reposa nuestro pensamiento nacionalista, en cuanto nos sentimos hijos de esta tierra uruguaya.

Nuestra concepción doctrinaria es pues de un nacionalismo en colisión con el que postulan las corrientes del pensamiento totalitario, que siendo también nacionalista -caso del nazismo y el fascismo- conduce a que el hombre se realice exclusivamente dentro y para el Estado. Se olvida así de su trascendencia espiritual, y por tanto, que es un ser libre para realizarse plenamente. Se olvida también que el Estado no es más que un medio para asegurar el bien común de la sociedad, y en consecuencia, desconoce el Orden Natural, o al menos suele darle poco valor.

Pero si el nacionalismo totalitario no nos sirve, mucho menos nos servirá el individualismo liberal, filosofía nacida en medios occidentales reaccionarios del pensamiento que sostiene la Moral de esencia cristiana, y aunque también sostiene que el Estado debe estar al servicio del hombre, parte de una premisa completamente distinta, pues su concepción del individuo es que él es el eje y fin del universo, esto es, un ser sin espiritualidad trascendente. De donde resulta, que aun cuando acepte que la conducta humana pueda ajustarse a las costumbres de tradición cristiana, lleva a que el fin del Estado no es el bien común de todos, pues lo concibe como la suma de bienes individuales que cada cual procura obtener para sí, sin importar mucho la suerte de sus semejantes.

Pero ocurre también que el liberalismo, en el orden económico, se traduce en el capitalismo, peculiaridad de los Estados poderosos.

Ambas corrientes del pensamiento individualista se encuentra dentro de una filosofía esencialmente materialista; vergonzantes del verdadero destino trascendente del hombre, convierten al Estado en el instrumento encargado de tutelar el Derecho, y encadenando la libertad del hombre al sistema, ocurre que irremediablemente se entra en un juego de egoístas y ambiciosas pasiones, y la sociedad se parte en clases, y están los poderosos y están los oprimidos, y están también esos grupos intermedios que se balancean de un extremo al otro según los vaivenes socio-económico-políticos. Lo curioso es que estos últimos, que suelen ser los más en los Estados con equilibrio social, y que fundan la libertad del individuo solamente en el Derecho, dócilmente se dejan arrastrar por la psicosis de masas manejada al arbitrio de los grupos más fuertes o menos escrupulosos, y se van desdibujando personalidades y jerarquías, y lo que es peor aún, atrapados en el sistema, pierden la libertad aunque no alcancen a darse cuenta de ello, o no quieran darse cuenta.

Este panorama es propio de los Estados democráticos liberales, porque los esquemas que presenta la democracia, al no tener en sí misma la fuerza de una doctrina, encuentra en el liberalismo una idiosincrasia que le es muy cómoda al sistema.

Con el aliento del socialismo utópico, nacido a mediados del siglo XIX y en reacción a la opresión económica de las clases poderosas que los errores de las corrientes políticas del individualismo provocaron, entra en danza el marxismo con su perversa dialéctica materialista. Inspiración doctrinaria que sirve de base al comunismo, va mucho más allá que las otras corrientes materialista, pues proclamando la igualdad de clases, toma al individuo como una simple pieza de

una mecánica de producción de bienes económicos dentro de un gran complejo colectivista. Anula así la conciencia del ser libre y pleno para realizarse, determinando que su destino en la vida es el de trabajar por su subsistencia y por la de su especie. Sin principios éticos ni morales, solo ofrece libertad al intelecto para su mejor aplicación en mejorar relaciones de producción y confort. Es pues, el totalitarismo llevado a sus últimos extremos, empeñado en desnacionalizar a todos los pueblos.

Pero para llegar a esto, el marxismo sabe que previamente tendrá que destruir la civilización occidental, única fuerza en cuya espiritualidad reposa el poder suficiente para salvar a la humanidad.

Y en esto están; conocen el poder de esta fuerza y han montado una máquina infernalmente eficiente para destruirla. Con la alianza de un complot maquiavélico a alto nivel estratégico, del que participan ciertos grupos de presión que forman verdaderas lógicas secretas internacionales de vasto poder económico financiero, salieron a la conquista de las masas perturbando las economías de todos los países en que han podido hacer pie, y estamos viendo que en esto llevan éxito; el panorama que nos muestra el mundo de hoy lo certifica. Su mejor arma operativa es la infiltración ideológica, deformando mentalidades y desnaturalizando sentimientos; con técnicas astutas y sutiles llevadas a un grado de eficiencia que asombra, embelesan a los incautos, dejan aún más indiferentes a los descreídos y regocijan a esos montones de resentidos, frustrados o incapaces que desgraciadamente forman legiones en las democracias liberales, pues son precisamente el producto que éstas dan.

II

Con esta apretada síntesis de conceptos hemos presentado nuestra posición ideológica. Entendemos que es de importancia por cuanto clarificará el análisis que a continuación haremos del proceso que se ha ido operando en, desde su nacimiento, en la educación de nuestro Uruguay, que al fin y al cabo, es la fuente de riqueza más grande que puede lograr un pueblo cuando se le orienta en los verdaderos valores que encierra la Nación.

[...]

En el quinquenio de 1968-73 se inscribió sin lugar a dudas, la historia más negra de la Educación Nacional, y la mayor parte de las generaciones de esos años difícilmente podrán borrar las huellas de ese estigma, que no solamente deformó sentimientos, sino que también sumergió en la ignorancia del conocimiento para ser seres útiles en nuestra sociedad, pues estos fueron los fines y propósitos de la subversión marxista encaramada desde la Universidad hasta la escuelita rural más modesta.

En verdad, estamos saliendo de la crisis; con paciencia, trabajo y dignidad, las FF.AA. ayudan a ello. Se ha logrado un orden de fachada, esto es una vuelta a la calma para que funcionen los centros docentes. Es claro que con esto no alcanza, y por ellos se están elaborando planes que conduzcan a una reestructura total del

sistema educativo. El camino a recorrer será largo y costoso porque la destrucción tocó muy hondo. Por ello entendemos que todos los buenos orientales deben conocer el real trasfondo de lo sucedido en el campo de la educación y comprender que para que ella acompañe el proceso revolucionario nacional, no alcanza con ir a un cambio de su fisonomía estructural, sino que ésta debe llegar al sentir del educador.

VII

Si en algún área de la actividad ciudadana debe existir estricto control es en el campo de la educación, y es a la autoridad nacional a quien corresponde ejercerla. La responsabilidad en la formación de las generaciones del futuro, es tarea irrenunciable de los hombres del presente. Solo así nos aseguraremos que el sentir nacional ha de pasar de generación en generación sin debilitamientos ni claudicaciones.

Desde luego que en nuestra Educación hubo estatismo, lo hubo desde el comienzo como ya vimos, pero entendemos que fue estatismo sin control, ya que el Estado, ejerciendo un paternalismo ejemplar tomó para sí la dura carga de proporcionar enseñanza gratuita, llevándola en sus niveles primario y secundario a todos los rincones del País con el propósito de que se impartiera enseñanza laica y obligatoria. Laudable esfuerzo que mereció mejor suerte, lástima grande que el laicismo que se pregonó a tambor batiente, de esencia liberal preparó el terreno de la docencia para el cultivo de la acción marxista, con la tramposa predica de la tan manida libertad de enseñanza.

La acción del Estado en la Educación, bien entendida, es la implantación desde las altas esferas del gobierno de una clara, firme y real política educativa nacional, que conduzca a que los órganos especializados -constituyendo un sistema conexo y armónico - logran la formación integral del hombre uruguayo.

No se sabe que ningún gobierno haya llevado esto a cabo, todo indica que no hubo visión clara de lo que el futuro nacional precisa y se fue delegando en cada órgano especializado la responsabilidad del propio quehacer, creyendo quizás que la única obligación que le cabía como Gobierno Nacional para con la educación del pueblo, era votar partidas de dineros en los presupuestos.

Y así llegó la década del 50, y todo estuvo pronto para el caos total. La acción revolucionaria comunista de la posguerra mundial para la penetración en Iberoamérica, decidió con buen sentido que Uruguay era una notable cabecera de puente de orden continental para la infiltración marxista, dado las características de su población con un aceptable desarrollo intelectual y una acentuada idiosincrasia política liberal, en la que sus hombres públicos, formados, en general, en una Universidad que desde varios años atrás ya mostraba una especial simpatía al socialismo de contextura marxista, distraían el tiempo envueltos en una demagogia cretina con la que estúpidamente se abrazaban al Derecho y olvidando sus deberes ciudadanos, pretendían sostener un sistema democrático, que ellos mismos estaban destruyendo.

Y en esta democracia uruguaya, la infiltración marxista apunto lógicamente a las áreas más redituables, las que sin lugar a dudas fueron esos reales feudos existentes en la Educación, llamados Primaria, Secundaria y Universidad del Trabajo, que le ofrecían sus puertas abiertas tentadoramente, aparte, claro está, de ese otro super-feudo señorial que fue la Universidad de la República, ya a esa altura prácticamente en sus manos y desde el que operó con increíble libertad de acción, especialmente sobre Secundaria, su hija predilecta.

Cnel. Julio R. Soto, vicerrector Interventor. Consejo Nacional de Educación (CONAE). Montevideo-Uruguay, 1975, pp.1-8.